CAMPOAMOR, SOBRE EL TAPETE

Que Campoamor hoy no es poeta vigente, es cosa bien sabida. Que no lo será mañana tampoco, es cosa por saber. No le negaríamos nosotros, como muchos críticos hacen, el pan y la sal futuros. Gira el mundo, giramos, giran los gustos, las modas. Puede volverse a un poeta —y de hecho se vuelve— con la misma facilidad que a un cuplé, a un sombrero, unos años atrás gastados, ridículos. Basta que un crítico inteligente —en el primer caso—, que una actriz o un modisto famoso —en el segundo— lo reivindiquen, popularizándolos. ¿Le ha llegado la hora a Campoamor? Pudiera ser. Al menos, de unos años a esta parte, el olvido de su nombre, el desdén por su obra, han desaparecido.

Hemos hablado de facilidad quizá con demasiada precipitación. No. La vuelta de Campoamor no va a ser fácil. No ha habido un solo crítico que se haya acercado a él limpiamente, sin prejuicios, con total entrega. Su obra tiene mucho lastre, medio siglo de polvo y olvido sobre sus páginas; se necesitaría, más que valor, convicción absoluta de su genialidad, de su maestría. ¿Y dónde encontrar, en esta segunda mitad del XX, el crítico que así piense? No obstante, la bola está rodando, y no sería posible determinar con certeza quién la puso en movimiento.

Buen impacto hizo, sin duda, Vicente Gaos con su libro *La poética de Campoamor,* que editara Gredos en 1955. Gaos no estudiaba a Campoamor como poeta, sino como teorizante de la poesía; hondo

caló el asturiano en el misterio poético; si sus frutos sobre el papel no fueron luego reflejo fiel de sus ideas, adivínense las razones —literarias, ambientales, históricas— que lo motivaron; mas nadie podrá ver en el autor de las *Doloras* a un pobre hombre que ignoraba lo que se traía entre manos. En ese mismo año —1955— firma Gaos su artículo *Campoamor, precursor de T. S. Eliot.* Goza el *Nobel* inglés de universal prestigio como poeta y como crítico; mas Gaos no se arredra en ponerle por delante a Campoamor, olvidado de sus mismos compatriotas. Gaos recoge este artículo en su libro *Temas y problemas de literatura española* (1), aparecido en 1959, bajo el auspicio de Sanmigüel, en Guadarrama. Dos años antes, la misma editorial había publicado *Estudios sobre la poesía española contemporánea* (2), de Luis Cernuda, en el que se dedicaba un capítulo a Campoamor; y un año después, *Poesía española del siglo XX* (3), de José Luis Cano, cuya *Revisión de Campoamor,* recogiendo ya los dos testimonios anteriores, era como un balance, hasta el momento, de la corriente favorable al poeta asturiano; corriente que deberíamos unir, en lo sucesivo, a estos tres nombres que una misma editorial agrupa.

¿Tiene alguna significación que estos tres críticos sean poetas? ¿La tiene también que dos de ellos sean andaluces? En uno u otro caso, nos alegra comprobar que Andalucía no estuvo ajena a la hora de *revisar* la obra de un hombre que se llamó a sí mismo «andaluz del Norte», y ello en un momento como el actual, en que muchos se empeñan en hacer de Norte y Sur parcelas poéticas antagónicas.

Volvemos —con una palabra: *revisar*— a lo que más arriba señalábamos: a la crítica con reservas, que hemos de reconocer necesarias. Dice Cernuda: «Los contemporáneos de Campoamor le tuvieron por gran poeta; hoy, al leerle, nos cuesta trabajo adivinar qué méritos justificaban aquella apreciación.» Y Gaos: «El estudio o revisión que Campoamor reclama no habrá de dar por resultado el de revalorar su poesía —poco susceptible de revaloración—...» Y Cano, a su vez, refiriéndose al libro de Gaos sobre la *Poética* campoamoriana: «Es un feliz intento de reivindicar no al Campoamor poeta, que tiene difícil reivindicación, sino al Campoamor teórico y meditador de la poesía.» Están de acuerdo, pues, los críticos en las dificultades que encierra su propósito; sin embargo, desde ángulos distintos, los tres, salvando

(1) Vicente Gaos: *Temas y problemas de literatura española.* «Ediciones Guadarrama». Madrid, 1959.

(2) Luis Cernuda: *Estudios sobre poesía española contemporánea.* «Ediciones Guadarrama». Madrid, 1957.

(3) José Luis Cano: *Poesía española del siglo XX.* «Ediciones Guadarrama». Madrid, 1960.

«el yerto mar de los años», se adentran en la obra del poeta con ánimo decidido.

Desde su sillón, cansado, no vencido, el poeta les ve venir, les deja llegar; su postura no es indiferente ni resignada; sí comprensiva. Les tiene preparados ya aquellos versos de una de sus *humoradas;* versos éstos sin humor, sin dolor tampoco; plenos, eso sí, de melancolía:

no se hace atrás un río
ni vuelve a ser presente lo pasado.

Desde su sillón, decimos; ese de cuero oscuro, de la amarilla fotografía. En él, don Ramón, la mirada noble, serena; el cabello, «como la piel del armiño», cano; las patillas abundosas, más propias de banquero que de poeta; en las manos, que se adivinan ya torpes, un libro abierto. Don Ramón, junto a la chimenea, la manta zamorana a los pies, piensa. No es el don Ramón de gesto de buho que retratara Emilio Sala —a un lado, la chistera; en la mano derecha, el bastón—, reclinado sobre un muelle sofá de raso. No es el don Ramón *con los demás,* sino el don Ramón *consigo mismo,* de vuelta del mundo y de los años. «Campoamor nunca parece haber sido joven», ha escrito Cernuda, ratificando la opinión de Rivas Cherif (4). Y, sin embargo, aquí paradójicamente lo parece. No es que parezca joven, sino que lo ha sido, que ha regresado ya de serlo. Mas todavía no es «aquella ruina venerable» que sus admiradores pretendían coronar y que Rubén visitara un 19 de febrero, cercano el fin del siglo (5); todavía no está entre el recuerdo y la tumba, aunque el recuerdo sea la espada. ¿Y la pared? Acaso ese silencio grande en que se sume, como cumplido.

Escribe Gaos: «De Luzán acá no sé de escritor alguno —Bécquer incluído— que haya pensado acerca del fenómeno poético con la originalidad, el vigor y el tino con que lo hizo Campoamor... Con las ideas poéticas de Campoamor se podía, se debía, haber hecho poesía auténtica. Y, efectivamente, se ha hecho, sólo que no por Campoamor

(4) «Puede decirse que, en cierto modo, no le concebimos joven, impetuoso, descuidado, sino viejo ya, en sus labios y en sus versos la sonrisa de apacible desengaño, característica de su mejor manera literaria.» (RIVAS CHERIF: *Campoamor,* pág. 16, en *Clásicos castellanos.* Espasa-Calpe, S. A. Prólogo de FÉLIX ROS a la segunda edición. Manejamos la fechada en 1956.) Ya en 1890, CLARÍN escribía: «El autor de las *Doloras,* cuando joven, pensaba un poco a lo *viejo*...» Recordemos que en uno de sus primeros poemas, la epístola «A mi madre», escrito entre los dieciocho y los veintitrés años, ya aludía a las arrugas de su frente, añadiendo:

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.

(5) Vid. RUBÉN DARÍO: *España contemporánea,* págs. 63 y ss., 229, 230 y 232. Editorial «Biblioteca Rubén Darío». Madrid, s/f.

mismo, sino por otros poetas que vinieron después.» Y añade: «Campoamor ha anticipado las teoría de Eliot en buen número de aspectos cardinales.» *(Andrenio,* en 1929, va a llamar a nuestro poeta renovador, precursor, «ingenio que presintió las nuevas formas y los ritmos futuros».) Es importante ver cómo, al par que sale del olvido, se le reconoce su condición de pionero. Cernuda ve en él un antecedente de Bécquer (6)—en lo que coincidirá con Gamallo y Varela—, y en ocasiones, de Ferrán, de Machado, de las *greguerías* de ese otro Ramón, sin *don,* pese a sus muchos dones. Y señala sus dos pasos decisivos: el introducir lo subjetivo en la lírica y el reformar el lenguaje poético, desterrando tanta expresión preconcebida, tanta pseudofraseología, propia de neoclásicos y románticos (7). Y si Gaos le compara con Eliot, Cernuda lo hace con Wordsworth. Curiosos, sin duda, pese a que nuestro poeta salga de ambos un tanto malparado, tan singulares paralelos (8).

Cano, en su *Revisión,* hace un poco de historia de cómo la corriente de opinión, partiendo de sus contemporáneos—*Clarín,* Valera, la Pardo Bazán, F. P. Canalejas, Blanco García, el propio Rubén Darío—, que le admiraban, entró en claro declive con los del 98, se le volvió totalmente contraria con los del 27, que le ignoraron, y comenzó luego a serle favorable, prudentemente favorable, pasada la mitad del presente siglo. Es típico el caso de *Azorín,* a cuyo feroz ataque de *La voluntad* siguieron páginas *(Leyendo a los poetas, Clásicos y modernos)* elogiosas para Campoamor, al que llega a llamar «uno de los más grandes poetas de toda la literatura española» (9). Muy luego, *Azorín* ha vuelto

---

(6) «Campoamor era nueve años mayor que Bécquer, y éste pudo aprovechar en beneficio propio algo de la labor lingüística del otro, ya que las *Doloras* son de 1864.» *Ob. cit.,* pág. 37. CERNUDA comete dos errores en las fechas: 1.º Bécquer —nacido en 1836— era diecinueve años menor que Campoamor—nacido en 1817—. FERNÁNDEZ ALMAGRO, en su artículo *La vuelta de Campoamor,* aparecido en *A B C* (desgraciadamente conservamos el recorte sin fecha), cita este párrafo de CERNUDA sin rectificar el palpable error. 2.º Las *Doloras* son de 1846, no de 1864.

También AZORÍN, en el capítulo «Campoamor», de su libro *Leyendo a los poetas* (Librería General, Zaragoza, 1929), yerra al señalar el año 1824 como el del nacimiento del poeta. Recordemos las palabras del propio don Ramón en *El personalismo* (Obras completas, I, 282): «... desde el 24 de septiembre del año de gracia de 1817, en que por primera vez me ataron el cuerpo con una faja...»

(7) «Cuánto más popular y cuánto más nacional—escribiría don Ramón en su *Poética*—sería nuestra poesía si en vez de la elocución artificiosa de Herrera se hubiera cultivado este lenguaje natural de Jorge Manrique.» Y también: «... ha sido mi constante empeño el de llegar al arte por la idea y el de expresar ésta con el lenguaje común, revolucionando el fondo y la forma de la poesía; el fondo con las *Doloras* y la forma con los *Pequeños poemas.*»

(8) «Campoamor fué un poeta raro entre nosotros—escribe CERNUDA—; a veces se diría un poeta inglés (en lo posible) de la época victoriana, y acaso eso sea lo que sin proponérmelo haya suscitado en mi memoria el recuerdo y la comparación con ciertos poetas ingleses de dicha época, aunque algún desplante a la española, que en él se observa en ocasiones, dificulta la comparación.» *(Ob. cit.,* página 41.)

(9) En un artículo de *A B C,* fechado el 12 de noviembre de 1922, dice de *Colón:* «poema admirable, poema hermosísimo».

sobre nuestro poeta. Conservamos, aunque sin fecha, un artículo de «A B C», *Doloras,* en el que apunta un paralelo —«desde el punto de vista femenino»— entre Lope y Campoamor, lo que no deja de ser tema sugestivo para un año como éste, en que andamos a vueltas con el centenario del *Fénix.* «En Lope todo es sensual, ostentativo; en Campoamor todo es espiritual y discreto», escribe *Azorín.* Y añade a nuestro poeta, a quien él colmara de adjetivos —delicado, generoso, progresivo, innovador, dulce, bondadoso, ecuánime—, algunos más: «sencillo, natural, sin galas».

Al saltar a la generación del 27, Cano —siguiendo a Gaos— apunta algunos de los nombres más significados en la reacción anticampoamoriana: Valbuena, Barja. De Rivas Cherif, y refiriéndose a su edición de *Clásicos castellanos,* dice que «no muestra la menor simpatía por la obra de Campoamor». Nosotros añadiríamos que en esta falta de simpatía por el poeta asturiano no le va a la zaga Félix Ros, en su prólogo a la segunda edición del mismo libro. Cano no pretende ser exhaustivo; de aquí que no mencione algunos nombres que creemos merece la pena traer a colación. El de Ortega, por ejemplo. Ortega, el 5 de enero de 1920, publica sin firma en *El Sol* un artículo breve y afilado, en el que habla con afecto de Campoamor, al que llama «el tierno poeta», «el buen don Ramón», añadiendo: «Galdós era el genio. Campoamor, el ingenio» (10). Sin embargo, cinco años más tarde le llamará, con sorna, «nuestro pérogrullesco Campoamor» (11). ¿Por qué? ¿Por seguir un poco la corriente? Recordemos que data de 1921 la primera edición de *El Valle de Josafat,* de D'Ors. En ella, Campoamor —como Gabriel y Galán, cuya figura más de una vez evocaremos al lado de la de nuestro poeta— no sale muy bien parado. D'Ors es rotundo: «El defecto radical de Campoamor es su anacronismo. Se equivocó en dos mil quinientos años». Y acaba uniendo su nombre al de Verne, y refiriéndose a «una promoción tercera, que dejó de leer al uno y al otro, en absoluto» (12).

Mas preferimos no seguir mirando hacia atrás y saltar hasta 1943. En ese año firma Pedro Salinas su artículo *La literatura española moderna,* que, vertido al inglés, sería luego incluído en el *Columbia Dictionary of Modern European Literature* (New York, 1947). Crítico justo, ponderado, su testimonio nos parece de la mayor importancia,

---

(10) ORTEGA Y GASSET: *Obras completas,* III, 30. (Sus artículos sobre la polémica entre Campoamor y Valera, acerca de la utilidad de la metafísica y la poesía, datan de 1910 y en ellos nada deja traslucir contra nuestro poeta, salvo el tono de burlona superioridad en que se expresa. Vid. *Obs. comps.,* I, 155-163.)

(11) ORTEGA Y GASSET: *Obras completas,* II, 428.

(12) EUGENIO D'ORS: *El Valle de Josafat,* pág. 127. «Col. Austral», núm. 465. Espasa-Calpe, S. A. Segunda edición. Buenos Aires, 1946.

pese a venir de poeta tan distinto, tan desacorde con las ideas de Campoamor. (Salinas supera la realidad circundante campoamoriana, para buscar la *otra* realidad, la trasrrealidad del mundo y de las cosas.) «Campoamor —escribe— abre las puertas de par en par en sus *Doloras, Pequeños Poemas* y *Humoradas* al realismo y le rinde la plaza de la poesía. Temas y personillas de la llamada vida diaria; sentimentalismo en su forma más convencional, intelectualismo escéptico y formulitas pragmáticas al alcance de todas las fortunas, son los peores ingredientes del realismo poético suyo» (13). No es benévolo Salinas con nuestro poeta; tampoco esperábamos que lo fuera. Sí justo. De aquí que un momento antes, y refiriéndose a la década 1875-1885, subraye la importancia capital, en el terreno de la teoría, de dos obras aparecidas en dicho período: *La cuestión palpitante,* de la Pardo Bazán, y la *Poética,* de Campoamor, en donde éste —dice— «acerca teóricamente hasta un peligrosísimo punto de proximidad los conceptos de poesía y prosa». En su prólogo a *Ensayos de literatura hispánica* —libro que recoge el artículo que comentamos—, Juan Marichal cuenta cómo Salinas —consciente de su doble responsabilidad crítica y profesoral— indignóse con dos jóvenes hispanistas que, encargados de redactar unos cien artículos sobre autores hispánicos, le mostraron la lista provisional que habían confeccionado: «¡Se han olvidado ustedes de Campoamor!», exclamó sin vacilar. Sus severos juicios sobre la obra campoamoriana, sus comentarios burlones —en *Literatura española, siglo XX,* segunda edición, México, 1949— a algún verso prosaico de don Ramón, no le impedían, llegado el momento, dar al viejo poeta el sitio que se le negaba y que por derecho propio le correspondía.

En 1949 aparece el libro de Antonio Montoro, *Poética española* (14). Montoro coloca a Campoamor entre Bécquer y Gabriel y Galán; de estos tres nombres —«cada uno dentro de su pequeño jardín»—, es el salmantino-extremeño el que mejor escapa; a Bécquer, bien defendido por los del 27, no deja de reconocerle ciertos valores; mas a don Ramón, desvalido, le saca de su ceniza para vapulearle sin piedad. «Este cantor imposible —dice—, sin voz, sin arte y sin gana (15), inventó unas máximas con rima y las lanzó al espacio. Estos aeroplanos sin motor pronto caían a tierra». (La metáfora nos parece de lo más desafortunada.) A continuación, y en sus irónicos ataques, parece

(13) PEDRO SALINAS: *Ensayos de literatura hispánica,* pág. 288. Editorial Aguilar. Madrid, 1958. Vid. también págs. 286 y 17.

(14) ANTONIO MONTORO: *Poética española,* págs. 218/19. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 1949.

(15) Poco antes *(Ob. cit.,* pág. 217) ha dicho que Bécquer se le antoja «un corruptor del gozo de vivir, un deprimido y morboso vate *casi sin gana* de componer la estrofa, tristemente incorrecto». Ahí queda eso.

olvidar totalmente la fecha de aparición de las *Doloras*—1846—(16) y la de las *Humoradas*—1886—: «... temeroso de enfrentarse con el poeta del momento—Zorrilla—, empleó esos dados de marfil, duros, geométricos, fríos, y los entregó a sus admiradores. Volaron a ras de los tejados estas humoradas...» (Siguen los vuelos.) Pone aquí unos ejemplos y continúa: «Cuando el poeta quiere salir de la humorada y componer la dolora, se le nota el titubeo, la dificultad de encontrar la melodía y el lenguaje poético. El fracaso es ya ruidoso, cuando intenta el pequeño poema.» Considerar los *pequeños poemas,* dentro de la obra campoamoriana, como fracaso ruidoso, nos parece un error de bulto; porque, sin quizá, algunos de sus mejores momentos los alcanza el poeta en este rincón de su obra, donde él quiso hacer palpitar «algo de lo incondicional absoluto humano». Montoro termina así el tan breve como despiadado ataque: «Ya lejos de tal poeta, aún nos debemos asombrar de que haya sido levantado un monumento a este hombre entre las frondas aromáticas del Retiro, cuando tantos legítimos poetas no lo han alcanzado ni en el Retiro ni en ninguna parte.»

Es curioso comprobar cómo los detractores campoamorianos coinciden en este afán iconoclasta, en este resquemor por la piedra que perpetúa la figura del poeta. Montoro no debería asombrarse de una cosa tan fácil de explicar. Campoamor vivió en olor de multitud; su popularidad la reconocen hasta sus más enconados enemigos. «Fascina a la juventud, cautiva al público y es, sin duda alguna, el poeta más popular, más aplaudido y de mayor importancia del Parnaso lírico contemporáneo», escribía Canalejas en 1876. Y Rivas Cherif afirma que fué la suya «una popularidad rara vez alcanzada en España por escritor alguno». Recordemos cómo siendo Campoamor gobernador de Valencia (1854), la turba sublevada cede, como sobrecogida, al llegar a su presencia. Así lo cuenta él en su obra *El personalismo* (17): «... a pesar de la gratitud que debo al pueblo de Valencia, jamás me acuerdo sin rubor de haberme visto inerme y a la merced de una muchedumbre insurreccionada, en cuyos semblantes veía yo una sonrisa protectora que agradezco mucho, pero que me mortificaba algo, si bien era tan expansiva como la de un hermano y tan benévola como la de un rey...» Con razón escribió Leo Quesnel: «Nada iguala al entusiasmo, mejor dicho, al embobamiento de sus conciudadanos». En este *embobamiento*—si no en el entusiasmo—le sería fácil encontrar a Montoro la razón de sus monumentos—que no sólo el del madrileño Retiro

(16) La primera *Dolora,* según Ortega y Munilla, data de 1841. (Vid. Rivas Cherif: *Ob. cit.,* pág. 102.)

(17) Citado por Rivas Cherif: *Ob. cit.,* pág. 18.

le levantaron—y de que su nombre presida miles de calles en otros tantos pueblos españoles. Algo tiene el agua cuando la bendicen (18). No es por simple papanatismo por lo que el pueblo retiene en su memoria los versos de un poeta, o en su corazón. (Cuando los campesinos de Guijo de Granadilla, con escopetas y hoces, se niegan a que le arrebaten el cadáver de su poeta —Gabriel y Galán—, están obedeciendo a un impulso más alto, a algo que la fría mirada del erudito, del crítico, no es capaz —al menos, en un primer intento— de alcanzar, de comprender.) (19). Campoamor, sobre todo con sus *Humoradas,* pretendió grabar sus versos —secos, escuetos, breves como dardos— en las inteligencias, cultivadas o no, de sus contemporáneos; y no cabe duda que lo consiguió. Cuando, diez años atrás, mi hermano Antonio y yo —empapados de Juan Ramón, de Guillén, de Salinas, de *pura poesía*— nos reíamos de los poemas campoamorianos, rechazando su lectura, habíamos de soportar la indignación de nuestra madre que, buena degustadora de la nueva poesía, seguía, no obstante, fiel al Campoamor de su juventud, al Campoamor que, como el ave de una de sus *doloras,* podría lamentarse:

canté, sí, más canté tanto
que al fin me mató el cantar.

Cernuda pone el dedo en la llaga cuando, al final de su estudio, coloca, frente a la *Marcha Triunfal,* de Darío —«ya muerta», dice—, *¡Quién supiera escribir!,* conservadora todavía de «algún rescoldo vivo», pese a ser más lejana en el tiempo y pese a estar su autor —añadiríamos— considerado tan por debajo del nicaragüense.

Tres años después de la aparición del libro de Montoro a que acabamos de referirnos, Dámaso Alonso publica *Poetas españoles contemporáneos.* En él, y de pasada, en el capítulo dedicado a Manuel Machado, apunta una opinión sobre el poeta de Navia, que nos parece (Cano también la recoge) trascendente: «No estamos aún preparados para hacer justicia a Campoamor. La reacción, primero violenta, des-

(18) FERNÁNDEZ ALMAGRO, en el artículo citado en nuestra nota número 4, escribe, certero: «Cuando un poeta logra que sus versos prendan en el corazón y en el oído de sus lectores coetáneos y que esa preferencia se transmita a la generación siguiente, el fenómeno merece atento estudio. No basta a explicarlo el antojadizo gusto de la gente. Alguna vibración del espíritu de su autor, en este o aquel período o fase, ha sido captada por el poeta, cuyos versos se aprenden muchos lectores de memoria e incluso se hacen proverbiales: poesía *documental* que puede adquirir, por razones de psicología social, nueva vigencia.»

(19) PEDRO DE LORENZO ha hecho una revisión de Gabriel y Galán, con pasión y sin pasiones, en su reciente libro *Extremadura, la fantasía heroica* (Editora Nacional. Madrid, 1961), págs. 55 a 71, que recomendamos. En cambio nos parece menos afortunada la que LUIS DE TORANZO (Miguel A. de Argumosa) *pretende* hacer en el número 18 de la revista *Piedralaves* (Madrid, octubre 1961), con el título «Recordando a Gabriel y Galán».

pués despectiva y al fin de mera ignorancia, contraria a él, alcanza ya (con los sucesivos matices indicados) a tres generaciones. Espero que llegará un día en que se reconozca cuán original fué su posición dentro del siglo XIX español, cuán desigual fué la lucha entre su propósito (el poema filosófico en tres dimensiones: mínima, normal y larga) y los medios estilísticos que supo o pudo allegar para ello» (20). Y aunque a renglón seguido se apresura a aclarar que nunca confundirá a Campoamor con un genio de la poesía, parece estar en sus palabras la semilla reivindicadora. Aleixandre hablará luego de él con comprensión (21) y Díaz-Plaja (22) reconocerá que, aunque su obra no tenga valoración, enfocada según nuestro actual sentir estético, «Campoamor inaugura una manera personalísima de versificar, sin precedentes visibles ni seguidores afortunados». Richard, en sus notas para el *Diccionario literario,* es ecuánime (23), y el propio José María de Cossío —que en su libro *Poesía española* no dejara en muy buen lugar a nuestro poeta (24)— firma en dicho diccionario una nota sobre las *Fábulas* campoamorianas en las que, entre otros elogios, dice tienen éstas interés suficiente «para merecer la mención en la más estrecha historia literaria» (25).

Vale la pena, al llegar a este punto, hacer un inciso acerca de la nota que en el aludido libro, *Poesía española,* dedica Cossío a Góngora y Campoamor, con el título *Trasplante de imágenes.* Tomando como base la condición de incomunicable e inimitable, propias de la poesía lírica, subjetiva, y de cómo sus imágenes y metáforas pierden, aisladas, su eficacia y su vigor, Cossío recurre a un ejemplo para demostrarlo: la canción de Góngora, que comienza «Qué de envidiosos montes levantados...» (26), y de la cual son estos versos:

Dormid, que el dios alado,
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.

(20) DÁMASO ALONSO: *Poetas españoles contemporáneos,* pág. 84. Gredos, Madrid. Manejamos la edición fechada en 1958.

(21) Vid. *Algunos caracteres de la nueva poesía española,* discurso leído en la Junta pública del Instituto de España, de 29 de octubre de 1955. Madrid, 1955.

(22) GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *El reverso de la belleza,* pág. 62. «Ed. Barna». Barcelona, 1956.

(23) GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI: *Diccionario literario.* Barcelona, 1959. Tomo IV, págs. 272/3 y 331.

(24) JOSÉ MARÍA DE COSSÍO: *Poesía española: Notas de asedio,* págs. 187/90. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1936.

(25) *Ob. cit.,* V. 11.

(26) Por cierto que también aquí encontramos variantes con la edición de poemas gongorinos que tenemos a mano: la *Antología,* que para la colección «Austral» preparaba ANTONIO MARICHALAR en 1939. Dice Cossío:

Qué de «empinados» montes levantados,
de nieves impedidos,
me «contienen» tus dulces ojos bellos...»

He aquí la imagen decisiva que Cossío encuentra luego dos veces imitada: por don Juan Valera *(En el álbum de María)* y por Campoamor *(La novia y el nido)*. Cossío esquiva comentar la de Valera; nosotros, no, aunque por un momento nos desviemos de nuestro propósito: Transcribimos los versos del cordobés:

El dedo colocado
sobre la dulce boca, adormeciendo
el velador cuidado...

El propio Valera, al pie de este poema, advierte en una nota (27) la semejanza con Góngora. «Si es un mal plagio o una feliz imitación —dice—, júzguelo quien leyere. Yo no lo creo sino una aplicación de la imagen de Góngora a una situación muy diferente.» Valera habla de *aplicación;* Cossío, de *trasplante*. «Campoamor trasplantó esta imagen a uno de sus triviales poemas», dice. Y añade: «En el final del poema, la novia, al penetrar en la alcoba nupcial, siente las emociones que son de rigor o, al menos, lo eran en la poesía fin del siglo XIX, y el poeta se niega a seguir narrando, para justificarse, lo cual invoca la autoridad del gran cordobés.» La verdad es que no entendemos bien por qué Cossío cree que las emociones que el poeta descubre en la Isabel de su poema sean las propias de la poesía *fin de siglo;* a nosotros nos parecen las propias de toda mujer en tal trance, en esa «del abismo de amor dulce pendiente»; ese rubor que experimenta por encima de —o además de— las sensaciones de ilusión, confianza, ignorancia, candor, fe y esperanza, es un rubor *sin fechas:* el rubor de toda mujer honesta en su noche de bodas. Pero citemos los versos que recoge Cossío:

Yo quisiera contarlo, mas no puedo;
pues donde hay sueño virginal o boda,
según Góngora, un ángel sonriente
pone gentil sobre la boca un dedo.

Y MARICHALAR (cuarta edición, pág. 178):

¡Qué de envidiosos montes levantados,
de nieves impedidos,
me contienden tus dulces ojos bellos!

También coinciden con MARICHALAR la *Antología poética,* de GÓNGORA, de la Editorial Pleamar (selección y forma de RAFAEL ALBERTI), Buenos Aires, 1955; y las *Obras completas,* de GÓNGORA, recopiladas y prologadas por ISABEL y JUAN MILLÉ (Aguilar. Madrid, 1956; pág. 574).

Mas no es ésta la variante que nos interesa comentar.

(27) Vid. *Poesías escogidas,* págs. 60 y 61, en *Obras escogidas de Juan Valera,* XII. «Biblioteca Nueva». Madrid, 1928. Al pie del poema citado, y bajo la nota del propio VALERA, hay otra de MENÉNDEZ PELAYO insistiendo en la semejanza: «En la tercera estrofa de esta linda y juvenil composición —escribe— hay una evidente reminiscencia de Góngora». Y al referirse a la canción gongorina, acaso

La edición consultada por el ilustre académico (28) difiere bastante de la que nosotros manejamos ahora: la de Rivas Cherif, en *Clásicos castellanos*. He aquí cómo se reproducen en ésta los cuatro versos:

Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
porque sé que a la puerta donde hay boda
«¡Silencio!», dice un ángel; y sonriente
pone después sobre la boca un dedo.

Como puede observarse, sólo el primero de estos cuatro versos permanece invariable. Cossío escribe: «La eficacia poética del remedo creo que es nula... Un pensamiento, una imagen robusta, se ha convertido por lo menos en una miniatura desdibujada.» A nosotros no nos merece tal *trasplante* tan duro comentario ni creemos que «de un alto asunto» pase la imagen «a una frívola ocasión burguesa». La postura de Cossío al escribir ese capítulo (¿1928?) no era precisamente de simpatía —o, al menos, de imparcialidad— hacia el poeta asturiano.

Cerremos este inciso y regresemos. Andábamos, por así decirlo, en 1959, fecha en que se edita el *Diccionario literario* aludido. Pues bien, en ese mismo año, una de nuestras revistas poéticas más prestigiosas, *Agora*, insertó, en su número 31/32, y en su habitual espacio, «Arte poética», un puñado de pensamientos de Campoamor, lo cual no dejó (los cuales no dejaron) de sorprender a más de cuatro. El *sí es-no es* de la margarita campoamoriana no ha cesado aún de deshojarse. Rafael Morales, en un artículo aparecido en *Punta Europa* (29), se manifestaba abiertamente en contra de los intentos reivindicadores:

«Yo siempre preferiré al genial, al magnífico Góngora —escribía— y no al ramplón Campoamor, a quien tantos defensores están saliendo en nuestros días, aunque es de esperar que todo ello no pase de ser una mala moda, consecuencia de cierto realismo, que desde hace unos años ha ganado muchos adeptos y está creando confusión.» En cambio, Gerardo Diego, en un reciente poema —*Barquillero*— aparecido en la revis-

---

por citar de memoria, MENÉNDEZ PELAYO comete dos errores: «Dormid, copia gentil de amantes bellos...», dice; y luego: «de nuestras almas dueño». Los errores son *bellos* por *nobles* (que ha de rimar con *robles)* y *nuestras* por *vuestras*.

(28) Cossío bien pudo valerse de la edición campoamoriana de LUIS TASSO (Barcelona, 1900), *Obras poéticas completas*, tomo I. Es ésta la que nosotros hemos consultado en este punto (precisamente el ejemplar que perteneció a Rodríguez Marín, hoy propiedad —como toda su biblioteca— del Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y ratifica la versión de Cossío. Es curioso que RIVAS CHERIF no aluda en su edición a tan singular variante.

(29) *Realidad, realismo y poesía*. «Punta Europa», núm. 64, pág. 37. Madrid, abril 1961.

ta *Azor* (30), escribe de nuestro poeta con intención emuladora y resón de su gaitero:

Si yo fuera Campoamor,
barquillero,
qué dolora, qué primor,
rimaría en tu loor
camino del Sardinero...

Si yo fuera Campoamor,
barquillero,
yo sería tu cantor
de romería y verbena...

Campoamor está sobre el tapete. Para su gozo o para su daño. Alguien, desengañado, ha dicho: «Lo importante es que hablen de uno, aunque sea bien.» Se ha vuelto a Campoamor, se ha hablado —se habla— de él. Hora es ya de preguntarse el porqué de esta vuelta, de este desolvido. Decíamos al principio: Gira el mundo, giramos, giran los gustos, las modas. He aquí la respuesta. Estamos atravesando un momento crucial, de retorno al realismo. La de Campoamor fué una reacción antirromántica; la de Rubén, Juan Ramón, Machado, antirrealista —anticampoamoriana—. «Hoy —escribe Cano— se vuelve al realismo en poesía por hartazgo quizá de subjetivismo y antirrealismo poético. Los poetas más jóvenes buscan ya lo que también buscó Campoamor: que la poesía descienda al pueblo, deje de ser un alimento demasiado exquisito, para minorías.» En efecto, Campoamor trató —son sus propias palabras— de «bajar el diapasón de la poesía», de «democratizarla», de «sustituir con el idioma natural contemporáneo el lenguaje culto, tradicional y artificioso de la mayor parte de los poetas antiguos». Cuando leemos en Campoamor:

Y sólo por la gloria —«Aquí reposa»—
grabamos en sonoras expresiones:
«Don Fulano de Tal, que fué tal cosa»,

nos parece estar leyendo al Celaya de *Instancia* o de *Hablando en castellano*. Claro que los jóvenes de hoy van al realismo con medio siglo más de excelente poesía sobre sus hombros y tal herencia no puede dejar de notarse. Campoamor, en cambio, lo hizo en un momento más difícil, por sí solo, puesto que sus seguidores fueron pocos y sin importancia; de aquí que cayera muchas veces en lo contrario: en el vulgar prosaísmo, en el verso tan falto de cuidado que devenía ripioso, sin aliento. No siempre, por supuesto. Porque el Campoamor

(30) *Azor*, tercer vuelo, núm. 4. Noviembre-diciembre 1961, pág. 10.

de *Cultivando lechugas Diocleciano,* es también el autor de otros muchos endecasílabos, donde éste puede ser hundido y olvidado:

con aquel pie que llenaría apenas
el hueco de la mano de una niña...

Empero, Campoamor ayer y otros muchos poetas hoy, con su inclinación al lenguaje natural, sin galas, están enfrentándose a toda nuestra poesía tradicional, de siempre rica en su expresión y en su forma. Clarividente, Gerardo Diego, en un recientísimo artículo (31), salía al paso de la intransigencia de los jóvenes poetas en su afán de «limitar antiinhumanamente las inmensas posibilidades de la expresión verbal» y de condenar sin remisión «el juego de palabras y el rasgo de ingenio». A nuestro juicio, en esto, como en todo, el mal no está en el uso, sino en el abuso. Dejar a la poesía en mejor juego verbal, en el falso oropel externo, es censurable; mas no lo es menos caer en el extremo opuesto. Cuando Celaya escribe: «Hubo un hombre que llamaban/Pedro Echave Mazarredo./No era ni grande, ni chico./No era ni malo ni bueno.» O bien: «Y éste, yo, Martín Aguirre:/Treinta y seis años, contable,/con demasiados proyectos/y novia para casarme», no lo está haciendo mejor que Adriano del Valle, por ejemplo, en *Los aromas:* «Balidos del jazmín y la azucena,/del lirio recental sin los pastores,/aromas en vaivén balan las flores/y el pétalo su esquila allí resuena.» *In medio, virtus.*

Hay dos cosas que podrían explicarnos en mucho la postura campoamoriana: una, su fidelidad a su tiempo; otra, su fidelidad a sí mismo. Campoamor se da perfecta cuenta de lo que pretende, de lo que puede hacer en el momento poético en que su vida está en su culmen. Ve su camino y por él se lanza. Nadie podrá negarle nunca su sitio en la historia de nuestras letras; tampoco su valentía renovadora, *revolucionadora,* como él mismo gustaba de repetir, aun pidiendo perdón —él, conservador, moderado— por el atrevimiento (32). Fiel a su tiempo, sí. «No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro», escribió. Añadiendo: «La poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los problemas propios de su

(31) «Soneto y Sonata», *A B C,* 8 de febrero de 1962. Escribe GERARDO: «Se diría leyendo las condenaciones fulminantes que disparan los jóvenes escritores y poetas, y hasta los sesudos críticos, que no se puede escribir sino en el estilo ya sublime para decir algo apocalíptico y nunca oído, ya en el rastrero y maloliente, para eructar improperios.»

(32) «Aunque soy tan conservador, ruego que se me perdone si, como digo, he tratado de revolucionar el fondo de la poesía con las *Doloras,* porque desprecio lo insustancial, y la forma de los versos con los *Pequeños poemas...*» *(Poética,* capítulo III, IX). Vid RIVAS CHERIF: *Ob. cit.,* pág. 207. Vid. también nuestra nota número 5.

época. En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilan, y hay que seguir su impulso si no se quiere parecer anacrónico». La visión que de la sociedad española de entonces dejó plasmada en su obra, no pudo ser más exacta. Fiel, también, a sí mismo. La poesía de Campoamor tiene un destinatario: el pueblo; él escribe *por algo* —porque es poeta—, pero también *para* algo: para acercarse a los demás. De aquí parte él para prescindir de la revisión, de la selección de lo escrito; consciente de la poca calidad de sus versos primeros —«Ternezas y flores»—, consiente, sin embargo, en que sean incluídos en la edición que —con *Ayes del alma* y *Fábulas*— hace Victoriano Suárez en 1874, para que el público destinatario pueda con facilidad observar la evolución, el desarrollo de su pensamiento. «Eso de que un autor —escribía en su *Advertencia* a la edición citada— no publique más que una o dos docenas de sus composiciones que crea más superiores, como si él empezase por donde los demás concluyen, tiene un no sé qué de preparado y de teatral que repugna a la franqueza de mi carácter». (Recordemos cómo en otra ocasión escribiría: «declaro que toda mentira me es del todo insoportable.») Errada o no, su postura no deja de ser noble.

En la *Introducción* que Rivas Cherif pone a su edición repetidamente citada de las poesías campoamorianas, hay unas palabras que nos parecen no sólo certeras, sino de la más viva actualidad. Son éstas: «Hoy... resurge el nombre de don Ramón de Campoamor con una significación propiamente histórica, sin el nimbo ofuscado de que le rodeó una admiración tan hiperbólica cuanto irreflexiva, pero reivindicado, esclarecido, justificado ante la posteridad.» Es así como queremos verle, como debemos verle. *Desde* hoy, pero *en su* hoy. Pedro de Lorenzo ha escrito (33) que para la gloria de autor basta un poema; un madrigal a Cetina, unas coplas a Manrique, una oda a Fray Luis. «Se encontraría el poema de Gabriel y Galán», dice. El no lo señala. ¿Se encontraría también el de Campoamor? Creemos que sí. ¿Lo señalamos? Es difícil decidirse, elegir. Lo hacemos, sin embargo: *¡Quién supiera escribir!*, resumen de una manera de hacer y de sentir, de una intención y una postura literarias, poéticas, peculiares.

Decíamos más arriba del Campoamor melancólico, pero ¿desengañado? Su *humorada* final así nos lo muestra, con más dolor que ironía en sus cuatro octosílabos:

---

(33) PEDRO DE LORENZO: *Ob. cit.*; pág. 68. CAMPOAMOR escribió en su *Poética:* «Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo un modo de pensar y de sentir.»

Yo conocí un labrador
que, celebrando mi gloria,
al borrico de la noria
le llamaba Campoamor.

Gloria y dolor, tan unidos. Papini pone en labios del *Coro de los Poetas* de su *Juicio universal* estas palabras: «No mires, ¡oh Dios!, aquel hálito descendido de Ti que nos hizo gloriosos y dolorosos»... Gloriosos y dolorosos, sí, para siempre y sin remedio. — CARLOS MURCIANO.